

18 de abril: Viernes Santo
19 de abril: Vigilia Pascual
20 de abril: Domingo de Pascua / C
27 de abril: Domingo 2 de Pascua / C

Otros materiales:
Misa del Domingo de Pascua donde no se ha celebrado Vigilia Pascual

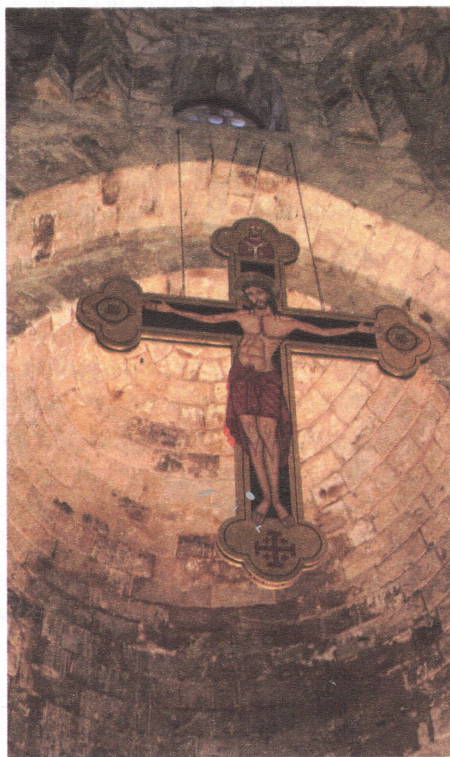
La cruz, camino de Pascua

En la celebración del Triduo Pascual encontramos la esencia de los de nuestra fe cristiana: la muerte y la resurrección de Jesucristo. La cruz es el camino que lleva a la vida. Y así lo manifiesta el poema de santa Teresa de Jesús, nuestra mística, que dice: «En la cruz está la vida / y el consuelo, / y ella sola es el camino / para el cielo». De hecho, en la cruz ya empezamos a sentir la fuerza del amor y la misericordia de Dios.

El papa Francisco nos invita, con el documento *Spes non confundit*, bula del Jubileo de 2025, a descubrir la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo, y que nos hace vivir en la esperanza y la paciencia. «En medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostuvo la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Esto lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia» (*Spes non confundit*, núm.4).

«Después que se puso en cruz / El Salvador, / en la cruz está "la gloria / y el honor", / y en el sufrir dolor / vida y consuelo, / y el camino más seguro / para el cielo».

En la cruz se encuentra la esperanza de la Pascua: la luz de Cristo muerto y resucitado.



Una encíclica para amar

A finales de octubre, pocos días antes de terminar el Sínodo de Obispos sobre «la sinodalidad», el papa Francisco presentó su cuarta encíclica. Esta vez no es de temática socio-ecológica, como las dos anteriores, sino de temática espiritual, titulada en latín *Dilexit nos* (es decir, *Nos amó*), y que lleva como subtítulo la explicación de lo que trata «sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo», convidándonos a renovar esta devoción para no olvidar la ternura de la fe, la alegría de ponerse al servicio de los demás y el fervor en la misión.

De entrada, en el primer capítulo se nos habla de «la importancia del corazón» y de la necesidad de «volver al corazón» en un mundo en el que estamos tentados «de convertirnos en consumistas insaciables y esclavizados por los engranajes del mercado». Según el papa Francisco, el corazón es el centro de las decisiones humanas y es allí donde se encuentran las máximas aspiraciones y también las preguntas fundamentales.

El segundo capítulo está dedicado a los gestos y palabras de amor de Jesús. Los gestos con los que nos trata como amigos y muestra que Dios «es proximidad, compasión y ternura». Esto se ve muy claramente en sus encuentros con la samaritana, con Nicodemo, con la prostituta, con la mujer adúltera y

con el ciego del camino. Su mirada, que «penetra lo más íntimo de tu ser», muestra que Jesús «presta toda su atención a las personas, a sus inquietudes, a sus sufrimientos». De tal manera «que se admira por las cosas buenas que reconoce en nosotros», como en el centurión, aunque los demás las ignoren. Su palabra de amor más elocuente es estar «clavado en la cruz», después de llorar por su amigo Lázaro y sufrir en el huerto de los Olivos, consciente de su propia muerte violenta «a manos de los que él tanto amaba».

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús

En el tercer capítulo, titulado «Este es el corazón que tanto amó», el papa Francisco especifica que «la devoción al Corazón de Cristo no es el culto a un órgano separado de la persona de Jesús. Lo que contemplamos y adoramos es a Jesucristo entero, el Hijo de Dios hecho hombre, representado en una imagen suya donde está destacado su corazón». Una imagen que «nos habla de carne humana, de tierra, y por eso también nos habla de Dios que ha querido entrar en nuestra condición histórica, hacerse historia y compartir nuestro camino terreno». Verdaderamente, «el Sagrado Corazón es una síntesis del Evangelio».

Esta devoción, de hace siglos, surgió como respuesta al crecimiento de

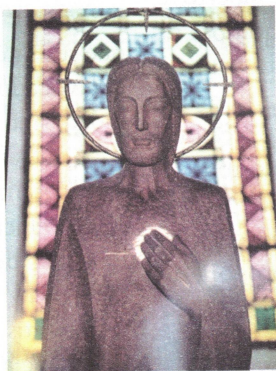
formas de espiritualidad rigoristas e incorpóreas que olvidaban la misericordia de Dios. Como, por ejemplo, los jansenistas, que «miraban con desprecio todo lo que fuera humano, afectivo, corpóreo, y en definitiva entendían que esta devoción nos alejaba de la purísima adoración al Dios altísimo». Hoy, la situación es profundamente diferente: «Más que al jansenismo —afirma la encíclica—, nos enfrentamos a un fuerte avance de la secularización que pretende un mundo libre de Dios. A ello se suma que se multiplican en la sociedad diversas formas de religiosidad sin referencia a una relación personal con un Dios de amor».

Poner el amor en el centro de todo

El Corazón de Jesús ayuda a los creyentes a liberarse de estos condicionamientos, así como del frecuente dualismo «el de comunidades y pastores concentrados solo en actividades externas, reformas estructurales vacías de Evangelio, organizaciones obsesivas, proyectos mundanos, reflexiones secularizadas». Entonces el resultado es a menudo un cristianismo «que ha olvidado la ternura de la fe, la alegría de la entrega al servicio, el fervor de la misión persona a persona, la cautivadora belleza de Cristo, la estremecida gratitud por la amistad que

él ofrece y por el sentido último que da a la propia vida».

Por lo tanto, la devoción al Sagrado Corazón nos ayuda a poner el amor en el centro de todo. En el cuerpo central de la encíclica también repasa



muchos testigos y devotos del amor al Corazón de Jesús, desde san Agustín, san Buenaventura, santa Catalina de Siena, san Francisco de Sales, santa Margarita María Alacoque, san Claudio de la Colombière, san Carlos de Foucauld, santa Teresa de Lisieux, el cardenal Newman o Faustina Kowalska.

Pero sobre todo en san Ignacio de Loyola. El Papa señala el lugar del Sagrado Corazón en la espiritualidad de la Compañía de Jesús, que «siempre propuso un "conocimiento interno del Señor [...] para qué más le ame y le siga"». Es comprensible, pues, porque «el itinerario de los Ejercicios culmina en la "contemplación para alcanzar amor", de la que brota el agradecimiento y la ofrenda de "la memoria, el entendimiento y la voluntad" al corazón que es fuente y origen de todo bien. Tal conocimiento interior del Señor no se construye con nuestras luces y esfuerzos, se pide como don».

FRANCESC ROMEU

La Constitución *Gaudium et Spes* (y III)

Continuación de los artículos publicados en MD 2024/15 y 2025/03

3.3. *Jesucristo y la humanidad verdadera*

La propuesta es simplemente la persona y el mensaje de Jesucristo, porque «cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación. [...] Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro» (10). Esta fe, que es convicción y experiencia, la hace proponer a los hombres, sus hermanos, el misterio de Jesús como luz definitiva de Dios sobre el hombre. Aquí está una de las claves de todo el Concilio.

El Concilio rehace el camino errado de la modernidad. Se ha dicho que el Vaticano II se había reconciliado con el mundo moderno después de haberlo condenado. Es más exacto decir que el Concilio ha negado el presupuesto de la modernidad, la evidencia de que Dios es enemigo del hombre y hace imposible la libertad y la realización humanas. GS se fundamenta en la intuición de Juan XXIII que después formuló Pablo VI: en Jesucristo Dios lleva al hombre a su verdadera plenitud humana.

3.4. *Superación de apologéticas y contrapositiones*

Destaquemos algunos elementos del núcleo central de GS. Prácticamente nunca subraya que sin Dios o Jesucris-

to, el hombre, se pierde, o que sin la luz de la fe el hombre termina en las tinieblas del error. El Concilio no hace apologética, porque su interés no es demostrar algo, y menos demostrar que sus interlocutores están perdidos o equivocados. No discute con la modernidad, sino que habla con los hombres, a los que ama, de los sufrimientos y de las esperanzas humanas. Tampoco hace largas elucubraciones sobre las posibilidades de la razón y el encaje entre razón y fe. Probablemente, estos planteamientos no responden a la genuina experiencia cristiana, a pesar de que mil veces han ocupado las discusiones teológicas. En la experiencia humana hay muchos esfuerzos, fracasos, éxitos, esperanzas, realizaciones exitosas y caminos errados; no olvidemos que esto es el mundo real. «Ante este gigantesco esfuerzo [...] la Iglesia, custodio del depósito de la palabra de Dios, del que manan los principios en el orden religioso y moral [...] desea unir la luz de la revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad» (33). Y no se cansa de repetir: «El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo» (34c y también 57a).

Jesucristo es iluminación y fuerza, criterio y plenitud. «El que es imagen de

LA MISA DEL DOMINGO DE PASCUA

en las iglesias donde no se ha celebrado la Vigilia Pascual

La hoja para la celebración que ofrecemos en Misa Dominical para el Domingo de Pascua está pensada para las parroquias y comunidades donde se ha celebrado la Vigilia Pascual, y recoge las indicaciones del Misal Romano para esta misa. Pero son muchas las iglesias y comunidades donde se celebra la misa del Domingo de Pascua, pero no se ha celebrado la Vigilia Pascual. Esto pasa sobre todo porque en muchos sitios se programa una Vigilia Pascual única para los varios centros de culto de una localidad o grupo de parroquias. Entonces, al día siguiente se celebra la misa en otras iglesias de parroquias, comunidades religiosas o centros de culto donde no ha habido Vigilia Pascual. En estos sitios, la misa del domingo puede tener algunas adaptaciones que recojan algún elemento de la Vigilia. Esto es lo que ofrecemos en esta hoja verde, y que también está recopilado en la publicación *Semana Santa. Las celebraciones* (Dossiers CPL, 137). Con la condición de que alguna de estas adaptaciones también se puede introducir en algunas iglesias donde sí que se ha celebrado la Vigilia Pascual, ya

que los fieles que participan en la misa del Domingo de Pascua normalmente no han participado en la Vigilia Pascual.

Las particularidades de esta propuesta básicamente serían tres (la segunda y la tercera se pueden también incorporar en las misas del Domingo de Pascua aunque también se haya celebrado la Vigilia Pascual):

1. El encendido solemne del cirio pascual al principio de la misa, acompañado, si se quiere, de una oración. Este encendido se puede hacer después de la monición inicial, o también durante el canto de entrada, o durante el canto del Glória.
2. La renovación de las promesas del bautismo en vez del Credo, con las candelas encendidas, si se quiere.
3. La aspersión bautismal después de la renovación de las promesas del bautismo. En este caso, si no ha habido Vigilia Pascual, se tiene que bendecir el agua, que puede estar bendecida para la aspersión del principio de la misa de los otros domingos de Pascua.



Oración en el momento de encender el cirio pascual

Te rogamos, Señor, que este cirio, consagrado a tu nombre, arda sin apagarse para destruir la oscuridad del pecado y de la muerte. Que su luz nos evoque a Cristo, tu Hijo resucitado, lucero sin ocaso, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Bendición del agua para la aspersión (PÀG. 1305 MISSAL)

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

(Breve silencio).

Dios todopoderoso y eterno, que, por medio del agua, fuente de vida y medio de purificación, quisiste limpiarnos del pecado y darnos el don de la vida eterna, dignate bendecir + esta agua, para que sea signo de tu protección en este día consagrado a ti, Señor. Por medio de esta agua renueva también en nosotros la fuente viva de tu gracia, y líbranos de todo mal de alma y cuerpo, para que nos acerquemos a ti con el corazón limpio y recibamos dignamente tu salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

(Después de la aspersión).

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado y, por la celebración de esta Eucaristía, nos haga dignos de participar del banquete de su reino.

Recordamos que el agua que se bendice en la Vigilia Pascual o el Domingo de Pascua puede quedar bendecida para la aspersión del inicio de la misa que sustituye el Acto penitencial de todos los domingos del tiempo de Pascua.

Sugerencias para
los cantos para las
celebraciones
de Semana Santa



Dios invisible es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. [...] El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. [...] Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido» (22). Los cristianos están llamados a participar del Señor. Pero la mirada creyente y penetrante de GS llega a una de sus formulaciones más luminosas del Magisterio: «Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual» (22). Todos los hombres están llamados a participar, por el don de Dios, de la muerte y resurrección de Jesucristo.

3.5. *El doble nivel de la antropología cristológica*

Al terminar la exposición introductoria sobre la situación del hombre actual y sus preguntas más profundas, GS propone la luz de Cristo; y sigue: «Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en

Cristo, quien existe ayer, hoy y siempre. Bajo la luz de Cristo, [...] el Concilio habla a todos [...] sobre los principales problemas de nuestra época» (10). Estas palabras sorprenden al introducir un documento tan largo, tan matizado, que trata cuestiones tan complejas y conflictivas. Quizá por contraste evocan otras expresiones: «La Iglesia, [...] sin que siempre tenga a manos respuesta adecuada a cada cuestión, desea unir la luz de la revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad» (33); o las reflexiones finales de la conclusión: «Todo lo que, extraído del tesoro doctrinal de la Iglesia, ha propuesto el Concilio, pretende ayudar a todos los hombres de nuestros días [...] esta exposición, en la mayoría de sus partes, presenta deliberadamente una forma genérica; más aún, [...] como más de una vez trata de materias sometidas a incesante evolución, deberá ser continuada y aplicada en el futuro» (91). Terminada la larga lectura, sale espontánea la cuestión: ¿qué relación pone el Concilio entre la luz perenne de Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, y las matizadas reflexiones sobre las diferencias culturales, la paternidad responsable, el juego difícil de la democracia, la carrera armamentística o la necesidad de una autoridad mundial. El mismo Concilio reconoce que la Iglesia no tiene respuesta para todo y que los problemas son complejos y cambiantes; ¿qué sentido tiene aludir a la luz perenne de Jesucristo para justificar posiciones éticas tan circunstanciales.

Esta pregunta no interesa solo GS, sino al conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia y ha provocado todo tipo de reacciones. Para los más dogmáticos, todo forma parte del mismo paquete, de manera que cualquier doctrina de la Iglesia es sagrada e inmutable; a ellos el Concilio les recuerda la humildad de sus posiciones concretas. Otros creen que son dos niveles prácticamente separables y que cualquier afirmación del segundo nivel es simplemente opinión más o menos sensata; pero el Concilio no deja de aludir constantemente a la luz del Espíritu evangélico, también cuando reflexiona sobre las cuestiones más coyunturales.

GS no elabora un pensamiento sobre esto, a pesar de que es un interrogante para la doctrina moral de la Iglesia. La manera como afronta las cuestiones, pero manifiesta el genio de la sensibilidad evangélica. La luz del Evangelio lleva al hombre a encontrarse a sí mismo y al sentido radical de su vida, de la relación con los demás, de los éxitos y fracasos, del sufrimiento y de la muerte. Jesucristo es esta luz en su misterio personal, especialmente en su muerte y resurrección. En la vida real, las personas concretas tenemos que hacer frente a mil y una situaciones que pueden ser complejas y conflictivas. Cada una pide un arraigo fuerte en el Evangelio y un discernimiento muy acurado para opinar y decidir. Cada problema exige finura, pero no puede ser afirmado o negado, porque en la manera de resolver las cuestiones personales, fami-

liares, sociales o políticas, se pone en juego la fidelidad al espíritu fundamental del Evangelio, que habla de respeto y amor a cada persona, de búsqueda de la justicia, de perdón y de esperanza. El espíritu se juega en las actitudes y en las soluciones concretas, pero estas no son claras, y se tiene que reflexionar, dialogar y, si es necesario, corregir. Vivir a la vez la solidez de las actitudes fundamentales humanas, la complejidad de las cuestiones reales y de la delicada relación de ambos niveles, es un arte del espíritu que GS ha sabido expresar y que queda como ejemplo para la Iglesia y para la humanidad.

4. Conclusión

Terminamos esta presentación como termina el mismo documento de GS, con un grito al amor y a la esperanza: «Los cristianos [...] con la fiel adhesión al Evangelio y con el uso de las energías propias de este, unidos a todos los que aman y practican la justicia, han tomado sobre sí una tarea ingente que han de cumplir en la tierra, y de la cual deberán responder ante Aquel que juzgará a todos en el último día. [...] Por esta vía, en todo el mundo los hombres se sentirán despertados serán estimulados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza en la patria que brilla con la gloria del Señor» (93).

GASPAR MORA

Cristo mismo nos habla al proclamar la Sagrada Escritura

Sacrosanctum Concilium proclamó la presencia de Cristo en la Palabra: «[Cristo] está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla» (núm. 7).

No obstante, los santos padres ya lo habían afirmado con claridad. Así, por ejemplo, se expresaba san Jerónimo (†420) al comentar el salmo 147: «Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el evangelio es el cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: “Quién no come mi carne y bebe mi sangre” (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al misterio [eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al misterio [eucarístico], si cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando estamos escuchando la Palabra de Dios, y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios y la carne y la sangre de Cristo, mientras que nosotros estamos pensando en otra cosa, ¿cuántos graves peligros corremos?».

Esta presencia de Cristo en la proclamación del evangelio se mani-

fiesta ritualmente: nos ponemos de pie, se puede incensar el libro de los evangelios, unos cirios pueden situarse a ambos lados del ambón mientras se lee el texto sagrado y un beso de veneración sella la lectura evangélica. Además, el obispo en las celebraciones más solemnes puede bendecir con el Evangelionario al pueblo.

El magisterio dio un paso más a la hora de hablar de la presencia de Cristo en la Palabra con la Exhortación postsinodal *Verbum Domini*, del papa Benedicto XVI, al afirmar la sacramentalidad de la Palabra. Esta tiene su origen en la encarnación, esto es, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1,14). Y puede entenderse en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados. «Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido» (núm. 56). Esto es, nosotros recibimos a Cristo en su Palabra, del mismo modo que recibimos a Cristo en el pan y el vino consagrados.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

El Dios de Jesucristo

El acontecimiento de la resurrección de Cristo tiene dos momentos principales. En primer lugar, el *hecho* de la resurrección de Jesús que nadie vio, ni nadie pudo narrar. Aquí lo importante es lo que Dios ha hecho en su Hijo muerto, en contraste con lo que los hombres le hicieron: «Vosotros lo matasteis colgándolo en la cruz, pero Dios lo resucitó liberándolo de la muerte» (Hch 2,23-24). Pero si nadie vio este hecho, ¿cómo se explica? Los evangelistas lo han comprendido desde lo que fue la constante de la vida de Jesús: la íntima y profunda relación entre el Padre y el Hijo. Así, lo que fue el secreto de la vida de Jesús, también ha de ser la clave para entender su muerte y su resurrección. De esta forma, los evangelios han comprendido que, al gesto supremo de la entrega de la vida en el amor consumado por los hombres, el Padre ha respondido con la fidelidad absoluta liberándolo de la muerte. La obediencia del Hijo al Padre es respondida con la fidelidad del Padre por su Hijo. El propio Jesús ya nos había dado esta clave cuando frente a aquellos que no creen en la resurrección de los muertos había dicho que su Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos: Yahvé es el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, el Dios de Jesucristo.

En segundo lugar, está el *encuentro* de los discípulos con el Resucitado. Aquí sí hay testigos que nos certifican este encuentro vivo con él. Los evangelistas nos narran diferentes apariciones de Jesús resucitado: a las mujeres que vivieron con él y permanecieron a sus pies en el escándalo de la cruz; a los apóstoles reunidos en oración esperanzada y temerosos de los poderes de este mundo; y a otros discípulos que estaban ya de vuelta a casa por el camino. En todas estas apariciones encontramos una estructura común: los que se encuentran con Cristo resucitado parten de una experiencia de vacío que, mediante un enviado de Dios y su palabra, es interpretado no de forma negativa, sino positiva. Ese espacio vacío que nos causa miedo y estupor hace posible el encuentro personal con Cristo liberándonos del miedo y del temor, otorgándonos el don de la alegría desbordante y convirtiéndonos en sus testigos ante los hombres. El fruto primero de la resurrección de Cristo es la Iglesia. Jesús, de una forma totalmente desconcertante, llama *hermanos* a aquellos que fueron unos traidores abandonándolo en el momento de la muerte. La resurrección de Jesús constituye la fraternidad de aquellos que formamos la Iglesia. En realidad, ella es el signo supremo de la resurrección del Señor, pues hace de nosotros, tantas veces traidores, miedosos y cobardes, valientes testigos de su amor victorioso en medio del mundo.

ÁNGEL CORDOVILLA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975